

***E*ditorial**

El número actual: *Crisis social, Educación y Desarrollo Profesional*, se ha confeccionado como un puzzle de piezas de colores y lenguajes diferentes, de certeras y críticas reflexiones. Es la prueba de que áreas con líneas de trabajo y marcos teóricos distintos, pueden construir trabajos académicos si la colaboración es genuina, confiada y natural. Los puzzles una vez completos, ofrecen magníficas fotografías sobre objetos reales, y este también lo hace.

La formación siempre ha sido ese utópico lugar del cambio posible, al que se refieren de forma coyuntural los discursos y oratorias de profesionales y políticos. Sabemos que la educación no es la responsable de las transformaciones sociales al ser un factor “necesario” pero “no suficiente” para el cambio. Posibilidad no es lo mismo que realidad así como el sueño diseñado no es factible si se achaca en defensa de los resultados no deseados, la diferencia entre la teoría y la praxis, entre lo programado y lo que realmente se puede llevar a cabo.

El imaginario social sobre las funciones y tareas de los profesionales de la educación en sus diferentes niveles (no es lo mismo, como no es igual rol y desempeño del rol), sigue agrandándose en las sociedades difusas y digitales. Y mientras tanto los educadores no se identifican con ese incremento de expectativas sociales e institucionales de su función, que crecen a la par que el registro continuo de sus actividades y resultados.

En las sociedades desarrolladas nos preocupa la medición del éxito educativo que hoy está asociado a una extraña fusión entre innovación y “calidad”. ¿Pero cómo se mide el éxito de la formación? No solo en la correspondencia entre formación y tareas asociadas a un trabajo, sino en el nivel de empleabilidad. Pero esta empleabilidad no es realmente una tarea del personal que forma.

Si el sostenimiento del estado de dependencia se basa en el esfuerzo de las familias para responder a tiempo a necesidades que los estados desarrollados deberían resolver mediante políticas sociales eficaces; el sostenimiento de la formación ética y cívica parece estar diseñándose para que sea mantenido por el esfuerzo de los docentes de esas sociedades del bienestar. Ello no está relacionado necesariamente a la calidad en el sistema educativo.

La falta de empleo produce emigrantes jóvenes con alto nivel de formación, y eso no es deseable para el futuro de nuestro país. Según los últimos datos del INE, la población activa actual en España, supera en poco los dieciocho millones, mientras que el número de parados casi llega a los cinco millones. Andalucía, se encuentra entre las diez regiones de la UE con más desempleo en la población. Con datos de marzo de 2015, el informe del Instituto de Estudios Económicos indicaba que el 41,1% de los jóvenes españoles entre 24 y 34 años, eran titulados superiores muy por encima de los niveles de los países de la UE y de la OCDE, algo que ya confirmó la Encuesta de Población Activa. Las soluciones contemplan el reajuste de la población activa y la adaptación de la formación los trabajadores para encajar adecuadamente en los nuevos yacimientos de empleo y crear un clima de inversión favorable (Rallo, 2011). Eso no significa que la formación no intervenga; será la formación permanente la que dará garantías de futuro para nosotros y las nuevas generaciones (Imbernon 2007)

El futuro no puede ser incierto, debe ser esperanzador; los docentes no pueden partir de la idea de que los discentes obtendrán trabajos precarios o inestables, porque la educación (aunque crítica), se construye sobre la confianza y la motivación. La educación o el sistema que la sostiene, debe prever que la formación va más allá de la empleabilidad porque el empleo se basa en localizar convenientemente oportunidades nuevas que se sepan diseñar en una sociedad cambiante.

Si reinventamos otro sistema para una sociedad de conocimiento digitalizado, este debería contemplar al menos una formación que promoviese a su vez la libertad para la reinención constante de profesiones y campos de trabajo. Pero tememos que la formación protege hoy día en exceso al no basarse en una construcción continua de conocimiento, al plantear prácticas del alumnado con instrucciones demasiado concretas y dirigidas. Para un *conocimiento sostenible*, para que se incrementen las ofertas, nuestras prácticas deben generar ideas y no agotar las existentes.

A. Beatriz Pérez González y en colaboración
Laura de Gloria Álvarez